

grandes poliórceas griegas, en tiempos transcritos por Thevenot y por Wescher y apenas traducidos por Rochas d'Aiglun, así como las obras de Procopio, comienzan a divulgarse, luego de un largo oscurecimiento. Y los nombres de las más altas cimas de la Arqueología—Blanchet, Franz Cumont, Poidebart, Jaussen, Savignac, Mesnil du Buisson, Richmond y muchos otros—suscriben ya en sus producciones el interés y la importancia de la fortificación. A los cuatro mil quinientos años que aproximadamente nos separan de ellas, el «plano» y la «regla» de las estatuas del Rey Gudea de Sumeria recobran por fin su verdadero simbolismo, al comprender que todas las actividades concedidas al celebrado «Rey arquitecto» tuvieron como empresa la obra de arquitectura militar que el plano representá.

En lo referente al arte militar exclusivamente medieval, ha venido sucediendo lo mismo. Si particularmente tuvo eminentes cultivadores en algunos países, es lo cierto que, también generalmente, el estudio de la fortificación fue largamente descuidado. La obra ingente de Caumont y de Viollet-le-Duc en Francia, los primeros en conceder a la arquitectura militar sus exactas proporciones; de Bodo Ebhardt en Alemania e Italia, la de Clark en Inglaterra, etc., apenas si tuvieron seguidores, salvo en pequeñas y muy singulares monografías, consagradas a determinados monumentos, en las que casi siempre el interés exclusivamente histórico pedominaba ante el valor constructivo. Hasta el siglo XX, la arquitectura militar, como ciencia y como arte, yacía en un completo olvido, pues si en el XIX hubo algunos historiadores de la fortificación, como Promis, Rocchi, Zastrow, Blesson, Delair, etc., todos ellos de profesión militar, atendieron preferentemente a la evolución de la fortificación abaluartada, no consagrando a la antigua más que ligeras y casi siempre muy limitadas y desvirtuadas referencias. En el siglo XIX se escribió mucho sobre los Castillos. Pero con muy contadas, aunque a veces excelentes excepciones, la mayoría de esos escritos se impregnaban de matices de un cierto carácter político, como era en lo referente al feudalismo, cuando no eran obras de alta fantasía, de las cuales el libro español de Bisso, lleno de pintorescas falsedades, hasta en sus grabados, puede mostrarse como ejemplo.

Felizmente, aquí hubo también la necesaria reacción y desde hace unos años la bibliografía sobre la arquitectura militar va alcanzando cada día textos ejemplares y positivos. Los estudios de las fortificaciones orientales, cuna de todas las europeas, de los cuales apenas existían la conocida obra de Rey sobre los Castillos francos de Siria, la de Van Millingen sobre Constantinopla y las referencias de Choisy, que fue el primero en descu-